

LA MUERTE DE KENNEDY



O hay otro tema de comentario posible, en el momento en que nos disponemos a escribir, que la muerte a balazos del Presidente de los Estados Unidos. No sabemos si cuando estas líneas aparezcan se habrá disipado el clima de estupor en que vivimos ahora, recién ocurrido el suceso. Lo cierto es que el comentarista no puede elegir. Se siente incapaz de pensar en otros temas; ha quedado abstraído de todas las demás realidades. El mundo marcha, según el aforismo vulgar. Pero hay ocasiones en que esa marcha parece detenerse, postergarse, durante unas horas, unos días, para entretenerse alrededor de un suceso impresionante. Esta es la sensación que nosotros — y con nosotros la ciudad entera, el pueblo en todos sus matices — tenemos en la actualidad.

Cuando el locutor de la televisión dio escuetamente la terrible noticia, su locución nos pareció como el impacto de otra bala mortífera y certera. Las realidades sorprendentes e imprevistas de la tragedia se resumían en el hecho de que una figura descolante, la primera figura pública de los conductores del mundo occidental, plena de vigor y de entusiasmo, había sido borrada de un golpe. ¿Era posible eso? La reacción fue unánime en todo el mundo. El mundo entero se hizo eco del grito de Jacqueline Kennedy: «No, no, no es posible...»

Los pormenores del drama empiezan a esclarecerse cuando escribimos. Dentro de unos días — cuando estas líneas aparezcan —, a la confusión primera habrá sucedido la testificación judicial e investigadora. Mas ahora no hay más que un cadáver insigne tendido en el ataúd, una cabeza joven, ilustre y pensadora, terriblemente mutilada por el disparo mortal. La razón de los grandes pueblos está hecha de la continuidad y sabemos que el Presidente de los Estados Unidos no ha muerto, porque otra personalidad le reemplaza inmediatamente. Quien ha muerto, una vez muerto, es John F. Kennedy, con una figura y un aire determinados; ha muerto una apostura humana de enorme seducción y simpatía, derivadas de condiciones especialísimas e intransferibles. Ha muerto un hombre y ha desaparecido una inteligencia enfocada hacia el bien, en proyección universal y dinámica.

El suceso era imprevisible, porque a pesar de las naturales discrepancias y de los enemigos inexorables que acompañan a toda figura pública y que constituyen muchas veces parte de su aureola, la figura del Presidente parecía quedar al abrigo de toda malévolos acción terrorista. Su popularidad estaba basada en la tenacidad, en la comprensión, en la liberalidad, en el orden político, social y aun en el elemental sentido humano, raíz de los demás. Sus campañas eran abiertas y conciliadoras, con una veraz tendencia al bien igualitario, al beneficio y al respeto y amor de las clases menos poderosas. En lo familiar y humano esa popularidad se agrandaba y dilatava todavía más. Las gentes habían seguido con aflicción o alegría las circunstancias de la vida doméstica del Presidente, como un reflejo de las suyas propias, las de cada cual. Fue una oleada de interés, de preocupación y de pesadumbre, la que tuvieron las gentes más dispares, en todos los continentes, a raíz del frustrado alumbramiento reciente de la señora Kennedy. La pequeña hija del Presidente besaba la mano del padre, abrumado por el desencanto y el dolor, camino del cementerio donde sería enterrado el pequeño cadáver. La aflicción, marcada en los rasgos jóvenes del Presidente asesinado, conmovió al mundo entero. Es un hombre como nosotros, pensaban no sólo los americanos, sino cualquiera en cualquier parte. Y se acrecia esta atracción y esta simpatía cordial y directa cuando en los noticiarios veíamos a los hijos del Presidente correatar entre el protocolo para tirar de los faldones del severo y oficioso chaqué a John F. Kennedy, entre la sonrisa de los secretarios de Estado y la mirada humana y benévola de los embajadores y políticos. Un hombre como los demás que ha muerto aciagamamente.

El mediodía del 22 de noviembre pasado será en adelante una hora

histórica y trágica en la historia de los Estados Unidos y en la historia del mundo actual. Bajo un sol deslumbrante en un otoño plácido, un solo disparo bastó para yugular el curso de los grandes acontecimientos. Dallas, de la que recordamos la toponimia en los «westerns» y que nos sugiere una estampita de violencia chocarrera de «sheriffs» justicieros y ladrones de ganado, ha sido el escenario de ese tiro mortal. Pensamos en las innumerables previsiones que han debido de tomar los asesinos para dar cumbre a su acto. No ha sido un episodio de violencia pasional, como sugiriera en otro tiempo el nombre de la ciudad en que ha ocurrido, sino probablemente un acto astutamente previsto hasta en sus detalles, llevado a cabo por un profesional que no tiembla.

Resultaron inútiles las precauciones de los elementos de seguridad, que reprochaban siempre, no obstante, al Presidente, su afición a la independencia personal, su inclinación a eludir a la escolta. Recordamos nosotros las enormes, casi exageradas precauciones que rodeaban al Presidente Eisenhower en Ginebra, durante su estancia en Suiza con motivo de una conferencia en la cumbre. También Eisenhower eludió entonces a su propia vigilancia de protección y se escapó en un par de ocasiones a mirar juguetes en una tienda. Los Estados Unidos gasta muchos dólares para proteger la vida de sus primeros magistrados. Toda precaución ha resultado inútil, cuando la vida del Presidente se mostraba al aire libre, sonriente bajo el aire soleado de la mañana otoñal, en el coche descubierto.

Quizá lo más impresionante del suceso ha sido el contraste entre la figura del Presidente, el ambiente claro y luminoso en una jornada popular, el ejercicio normal y pleno de las funciones de seguridad por un lado y por otro la malévolos y perfecta acción de un solitario criminal capaz de malograr y de superar aquellos factores y dar al magnicidio las proporciones de una sorprendente catástrofe.

Esa catástrofe tiene un gran contraste con los intentos de asesinato que hace poco más de un año pusieron en peligro la vida de otro hombre público y conductor de pueblos: el general De Gaulle. En aquella ocasión, primero desde un camión apostado en la carretera, desde el que dispararon con ametralladora a una distancia de dieciocho metros, e inmediatamente después desde un turismo, los pistoleros dispararon sus metralletas sobre el coche del Presidente francés. Las balas de esa segunda acción se incrustaron en la carrocería del «Citroën», reventaron dos de sus neumáticos, una bala pasó a pocos centímetros de la cabeza del Presidente. El chófer pisó el acelerador a fondo y dejó atrás a los pistoleros. Al apearse en su casa de Colombey, De Gaulle comentó: «En realidad, esa gente no tiene puntería». En ocho ocasiones la vida del general De Gaulle ha sido amenazada por los atentados.

un hombre de su tiempo

Ante estos hechos, la pregunta imperante, instintiva, inmediata, vuelve a proclamarse: «¿Por qué, por qué? No, no; ¡no es posible!» Una sola y aislada acción ha bastado para derribar a ese joven arriesgado y lúcido que era el Presidente de los Estados Unidos. El destino ha querido que ni siquiera hubiera ocasión de preverse con algún otro intento frustrado que hiciera presumir la existencia implacable de un enemigo real. Otros Jefes de Estado han sufrido el riesgo, o han temido premoniciones ciertas de él. A Kennedy le ha sorprendido la muerte al primer envite. Su manera inesperada de caer proclama aún más la grandeza de esta muerte.

Al mundo de hoy, la muerte de Kennedy le afecta de manera directa. En la Presidencia de los Estados Unidos, la mentalidad del joven Presidente representaba con fortuna las corrientes del tiempo actual. Era un sociólogo y un intelectual práctico, con el espíritu independiente y libre que caracteriza a la gente de su promoción. Era un combatiente de las ideas, magníficamente dotado para el diálogo directo, para exponer con transparencia las corrientes, a menudo contradictorias, de nuestro tiempo y sacar de ellas conclusiones específicas. Todas estas dotes han quedado barridas por la injusticia frontal que es una muerte de este estilo. No sabemos ni podemos precisar cuál será la huella exacta que dejará su imagen y su figura en la historia de su país y del mundo. Pero ya desde ahora sabemos que ha muerto un símbolo de su tiempo, que ha sido malogrado el temple y la dignidad de un hombre de su tiempo. De un gran hombre de su tiempo, cargado con las inquietudes y con la carga entera de la época que le tocó vivir.